

La Santa Muerte hoy: imagen personificada, dones e iniciación en el culto

Jorge Adrián Yllescas Illescas
Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM

RESUMEN

Una de las principales características que tiene el culto a la Santa Muerte es su pluralidad de prácticas y rituales. Hoy hay una gran cantidad de espacios de devoción a la *Niña Blanca*, desde pequeños altares callejeros, algunos ambulantes y otros importantes sitios donde miles de fieles recurren a la eficacia de la también conocida como *la Justiciera*. El siguiente ensayo tiene como finalidad explicar algunas de las prácticas que estructuran al culto de la Santa Muerte; se pueden encontrar al menos tres importantes: la personificación de las imágenes por parte de los devotos, el intercambio de dones y la forma como se acercan al culto. En ese sentido se pretende ampliar el panorama y entender cómo es que este culto, desde que se hizo público, ha adquirido ciertas formas específicas que permiten entender parte de su persistencia en el mundo de la religiosidad popular en nuestro país.

Palabras clave: muerte, Santa Muerte, culto, religión, devoción, dones, imagen.

ABSTRACT

One of the principal characteristics of the veneration of the Santa Muerte (Holy or Saint Death) is its plurality of practices and rituals. Nowadays there are many spaces to worship the “White Girl” from small street altars, some itinerant ones, and other important sites where thousands of believers appeal to the efficacy of she who is also known as the “Justice Seeker.” The following essay intends to shed light on some of the practices that structure the worship of Holy Death; there are at least three major ones: the personification of images by the believers; gift exchange; and the way they approach the cult. In that sense, attempts are made to expand the panorama and to understand how this cult, since it became public, has acquired certain specific forms that make it possible to understand part of its persistence in the world of widespread religious belief in Mexico.

Keywords: death, Santa Muerte, Holy Death, veneration, religion, devotion, offerings, image.

Se demuestra que cada vez que la muerte real se apodera de las calles y las casas, la imagen de la muerte sale de su escondite y exige su culto.

ELSA MALVIDO

Han pasado 11 años desde que, en uno de los barrios más célebres de la ciudad de México, conocido popularmente como Tepito, el culto a la Santa Muerte pasó de ser clandestino a una devoción totalmente abierta en la actualidad. Este hecho comenzó cuando Enriqueta Romero decidió, en octubre de 2001, colocar un modesto altar afuera de su casa, con lo que de manera incidental le otorgó un espacio sagrado a la también conocida como *Niña Blanca*. Esta etapa de devoción abierta fue impulsada de manera previa, en parte, por los medios de comunicación, y en forma sincrónica en el entorno social del país, entre la violencia, la crisis económica y otros factores que permearon los tejidos sociales y cuyas consecuencias aún vivimos. Esto permite entender por qué hoy el culto a la Santa Muerte posee una relevancia en los estudios antropológicos, sociológicos y de otras ciencias sociales.

En este trabajo se pretende dar una de las muchas posibles explicaciones sobre el culto a la Santa Muerte, con base en tres partes que lo constituyen de manera estructural. Si bien se trata de un culto abierto, cuya esencia es la pluralidad y libertad de prácticas rituales sin institucionalizar de manera ortodoxa, en él se encuentran al menos tres prácticas que estructuran el culto y que se localizan en los diversos altares donde se lleva a cabo la devoción a *la Flaquita*. Tales prácticas se abordan de la siguiente manera: la primera se refiere a la imagen personificada, la segunda a los “dones” y la tercera a la iniciación en el culto.

La personificación de la imagen

Todos estos cultos parecen, por definición, independientes de cualquier idea de grupo. Y no sólo son muy frecuentes en la historia de estas religiones individuales, sino que algunos se preguntan hoy en día si no estarán llamados a convertirse en la forma eminente de la vida religiosa, y si no habrá un día en que ya no existirá otro culto que el que cada cual celebre libremente en su fuero interno.

ÉMILE DURKHEIM

A ojos de quienes no son devotos de la Santa Muerte, esta imagen les evoca terror, repulsión; de manera simultánea, a sus seguidores las imágenes y efigies de *la Niña Blanca* les despierta una atracción propia de lo numinoso. Cuando el culto empezó

a masificarse, una de las discusiones que surgieron se relacionaba con el término “Santa Muerte”, pues desde una concepción católica éste se deriva de la imagen de la buena muerte o la representación gráfica en que se plasma la imagen de un moribundo que se debate entre el bien y el mal, cuyo arrepentimiento dará al agonizante una “buena muerte” o una “muerte santa”. Para los devotos de la “señora de la finitud” esta imagen no tiene relación alguna con la resignificación que ellos le dan al símbolo occidental de la muerte.

En este paso de “la muerte santa” a la Santa Muerte existen elementos a destacar, pues en origen las primeras imágenes que se adoraron como parte del culto a la hoy llamada *Señora Blanca* fueron directamente aquellas utilizadas en la época medieval: el esqueleto vestido con un sayal, en cuya mano diestra porta el mundo y en la siniestra la guadaña, acompañada de un búho y un reloj de arena. En su construcción actual ha adquirido nuevas características, pues ya no sólo se le representa en una imagen, sino que también es un objeto recreado en forma masiva, al igual que otras imágenes religiosas, y por ende manipulable. En cuanto a la imagen original de la muerte, se crea a la Santa Muerte, es decir, un esqueleto femenino con cabellos largos y vestidos ampones.

Las diferencias son claras entre aquellos que toman para su culto la imagen original de la muerte y los que le agregan atributos propios de la Santa Muerte, ya que esta última es una figura considerada femenina, por lo que tales cabellos y vestidos se superponen a los elementos originales del símbolo mortuorio –la guadaña, el mundo, etcétera–. Esto no significa que ambas no sean vistas por los fieles como las mismas, pues la Santa Muerte no es sólo la imagen, sino también la percepción que de ella poseen sus devotos.

Al apreciar tales diferencias, que desde el sentido común resultan distinguibles, existe algo más profundo cuando la percepción social hace que un símbolo determinado como el de la muerte se tome como un referente de culto y se le construya de manera santificada. Este proceso también encierra el paso de ser un símbolo representado a un objeto manipulable, pues una imagen sólo puede ser apreciada por la vista y la percepción, pero un objeto es susceptible de ser tocado, moldeado y manipulado. De este modo la Santa Muerte es también un objeto que se puede personificar con materiales variados, rostros, lenguajes corporales y atuendos. En efecto, la Santa Muerte constituye una imagen representada en cuadros, carteles y pinturas, en los cuales no se pueden moldear ni manipular, pues los soportes en sí mismo ya tienen una forma. En cambio, a una imagen en bulto se le puede vestir, decorar y poseer de modo más directo, a fin de que satisfaga más a la percepción.

Dicen los devotos a la Santa Muerte que no importa cómo se presente la imagen –en un cartel, estampa, dije, bulto, entre otras opciones–, sino que lo importante es traerla consigo. También con base en las posibilidades personales y creencias será la forma de portarla, pues hay quienes la adoran en una estampa y quienes tienen esculturas muy bien realizadas y adornadas, de tal forma que son admiradas por otros devotos.

Así, un objeto, en este caso la escultura de la Santa Muerte, es ante todo una escultura utilizada como símbolo para representar a “la muerte”, si bien hoy para los adeptos al culto es símbolo de algo más: se trata de una santa a la cual ellos le dan su propia forma, por encima de la que ya es. Existe la costumbre de vestir a los santos, como se hace con muchas efigies de vírgenes y niños-dios. Incluso en México a los cristos se les pone cabello natural y sobre su cintura, un cendal. También se viste a los llamados niños-dios de distintas maneras, a modo de representar al santo que cada quién elija o prefiera; el primer año se le viste con atuendos de bebé y los restantes, como distintos santos.

De este modo se observa una de las partes sincréticas del culto, pues sobre la efigie del símbolo occidental de la muerte algunos de los creyentes le colocan sus vestidos de quinceañera o de reina; la personifican como una mujer muy elegante, con cabellos largos, que hacen a lucir al cráneo de tal forma que de lejos incluso se confunda con la efigie de una Virgen católica. Ésta es una manera mediante la que cada quién elige otorgarle su propia personalidad, para que adquiera una forma al gusto personal. Los vestidos y largos cabellos son también promesas hechas por cada devoto y no sólo adornos sobre la imagen.

Se pensaría que se pretende humanizar a la imagen, y de cierta modo así es. Sin embargo, esas formas particulares constituyen al mismo tiempo la materialización de las promesas (dones) o milagros obtenidos. El acto de vestir y personificar a la imagen de la santa es un comportamiento propio de la religiosidad individual y quizá también un elemento que le da su propia originalidad. Incluso cada quién construye su propia imagen con los materiales a la mano, a diferencia de los santos instituidos por la Iglesia católica, los cuales no tan fácilmente se personalizan, pues se consideraría una transgresión. En cambio, en el culto a *la Niña Blanca* existe, entre las regularidades, la libertad de manipular la imagen.

Vemos entonces que existen diferentes representaciones –en efigie– de la Santa Muerte. Al hablar de las efigies de la Santa Muerte me refiero a aquellas que los fieles hacen de distintos materiales, formas y tamaños. Por eso muchas son representadas de distintas maneras y colores.

[Así] entre las posturas con que se plasma destacan:

a) *De pie*, es la imagen más conocida popularmente, en la que apareció en el mercado. Sostiene en las manos los elementos (a la diestra una balanza, símbolo de justicia, con un manto y túnica para expresar su pureza, una guadaña emblema del tiempo y del cese de la vida). En la mano izquierda porta el globo terrestre que significa la fragilidad del mundo y, a veces, se acompaña de un búho, para remitir al apetito carnal y a las doctrinas heréticas, además de ser sinónimo de la muerte. En ocasiones también aparece un reloj de arena, símbolo del tiempo que el hombre tiene de vida, aunque también puede cargar un libro o una daga, o bien no puede tener ningún elemento anexo; también puede estar representada con los brazos abiertos, con los brazos abajo y las palmas al frente o en la actitud de *dadora de bienes*, o tener las alas a la manera de ángel.

b) *Sentada*, en un trono o sobre el mundo, en actitud de mandato y reinando sobre lo terreno (como una de las tantas representaciones medievales). Exhibe alguno de los atributos mencionados o imita *La Piedad* de Miguel Ángel (como la Virgen de las Angustias), con un hombre desfallecido en su regazo [...] La santísima [aparece] con sombrero cónico a manera de bruja occidental, y [...] sobre una motocicleta.

c) *Volando* sobre las ánimas que salen de sus tumbas [...] Las esculturas que se realizan de ella ocupan diversos materiales (resina, plástico o hueso) y pueden estar adornadas con chaquiras, lentejuelas, semillas, encajes o lucir ataviadas con vestidos de novia completos, o como la catrina de Posada [...] Los creyentes le otorgan múltiples atributos: humildad, sencillez, majestuosidad y fuerza (Perdigón, 2008: 77-78).

A últimas fechas también las hay de muchos otros materiales, como aluminio, jábón de pasta, tallada directamente en el tronco de un árbol, piedras de vidrio, oro, plata, bronce, cobre, alambre, papel maché con diamantinas pintadas de aerosol, ornamentadas con semillas –propias de la santería– o con monedas y billetes –como dólares.

Asimismo se les arregla de muchas formas. Por ejemplo, con penacho, como el del emperador mexica Moctezuma o, según las fechas, como en el Día de San Valentín, se les viste con ropas de color rojo; en septiembre, con trenzas, los colores y escudos de la bandera; el Día de Muertos, como brujas. También se les presenta como charras, danzantes, novias, quinceañeras, reinas con corona, mulitas, con vestidos típicos y una infinidad más de formas. En otras palabras, depende de la creatividad y posibilidad de sus fieles, las vivencias y promesas que les haya cumplido y la forma individual de un culto que ha hecho de este símbolo un objeto manipulable.

De los dones que se dan en el culto a la Santa Muerte

Se cree que es a los dioses a quienes hay que comprar y que los dioses saben devolver el precio de las cosas.

MARCEL MAUSS

Otras generalidad del culto es el regalo de “dones”. Sin embargo, en cada espacio de devoción la forma cómo se transmiten varía. Por ejemplo, en el santuario de Tepito, la gente camina a lo largo de la calle hasta llegar el altar principal mientras intercambia todo tipo de cosas. Por su parte, en la llamada iglesia de la Santa Muerte Internacional, ubicada en el municipio de Tultitlán, Estado de México, cada fiel pone su efigie de la santita en una mesa grande previamente instalada, donde los demás fieles le van poniendo sus regalos a cada señora de la guadaña hasta que sus dueños la recogen y se llevan consigo esos “dones”. De este modo, el regalo de objetos se encuentra presente en el culto, sin importar el lugar ni la forma en que se lleve a cabo. Para ahondar en el tema véase la siguiente descripción etnográfica sobre un día de culto en Tepito, pues allí se encuentra uno de los altares más representativos en el Distrito Federal, donde cada día primero de mes se reúnen miles de fieles y donde se observa con claridad el gran intercambio de dones.

Un regalo para la Santa¹

De paso por el Metro se distingue a pasajeros que con gran orgullo llevan sus imágenes en bulto de la Santa Muerte, tal como cada día primero de mes se aprecian en el camino por el Eje 1 Norte que cruza con el Eje 1 Oriente. Mucha gente camina hacia la calle de Alfarería, entre los puestos ambulantes. Hoy es un día especial para festejar a la Santa Muerte, pues se cumple el noveno aniversario del santuario, a cuyo cargo se encuentra Enriqueta Romero.

Desde el principio de la calle de Alfarería se aprecian los puestos con todo tipo de objetos de *la Niña Blanca*, como veladoras cuyos colores van de acuerdo con la petición: dorado para el dinero y la fortuna, rojo para el amor, blanco para la purificación y las envidias, verde para los casos de justicia, azul para el estudio y la sabiduría, y una multicolor, llamada de las “siete potencias”, que abarca todo tipo de protección.

¹ Nota del diario de campo durante una visita al santuario nacional de Tepito el 31 de octubre de 2010, día en que se celebra el aniversario del mismo.

Algunas incluso traen consigo semillas: figuras con oración a *la Flaquita* cubiertas con un polvo dorado y muchas veces cubiertas por el aerosol con el aroma de la santísima. En los puestos se ven muchas figuras en bulto, dispuestas en varias posiciones y elaboradas con diversos materiales. También hay venta de dulces, cigarros, collares, pulseras, mezcal, escapularios y dijes, todo con la imagen de la festejada en este día.

Al proseguir el camino hacia el altar principal, la calle se llena de pequeños altares superpuestos en las banquetas y en el pavimento, la gran mayoría improvisados —están hechos de cajas de cartón, periódicos, telas grandes o plásticos—. El sentido es que su *Niña Blanca* tenga un lugar donde postrarse y recibir la admiración y los regalos de los otros fieles. Así se espera a que den las cinco de la tarde, cuando comienza el rosario que con mucha fe esperan sus hijos.

Al espacio de devoción arriban muchas familias completas, parejas de novios, grupos de amigos, niños, travestis —cargando con mucho orgullo a su santa—. Se aprecia cómo llegan muchos de rodillas hasta alcanzar el altar y cumplir con su manda en agradecimiento por el “paro” que les hizo la Santa Muerte. Al mismo tiempo que van con su manda, otros se regalan dulces, cigarros, objetos elaborados por ellos mismos, playeras, copias de oraciones y cuadros; otros le riegan a la imagen mezcal, tequila u otra bebida alcohólica —afirman que a ella le gusta—. Algunas personas rocían a la imagen con aerosol en forma de cruz. No importa si se encuentra, por ejemplo, tatuada: el caso es darle ese regalo para la buena fortuna del que la porta. Algunos más prenden un cigarro de marihuana y lo comparten con las imágenes, aspirando y exhalando sobre ellas el denso y oloroso humo de la hierba verde, pues *la Flaquita* tiene ese peculiar gusto y lo comparte con sus hijos, que con mucha fe se la ofrecen. Otra característica que salta a la vista son las espaldas y brazos adornados con tatuajes de múltiples formas y tamaños, algunos realizados en la cárcel, otros con diseñadores del barrio, con la viva imagen de la santísima: así la llevarán por toda la vida y ésta los protegerá. Junto a los pequeños altares se encuentran sus dueños y, con ellos, algunos acompañantes que beben cerveza, fuman marihuana o aspiran “activo”: es el día de su madre y nada está prohibido; nadie violenta a nadie.

Una vez junto al altar doña Enriqueta Romero y su grupo de coordinadores, con la mesa puesta, se encuentran listos para empezar a repartir piezas de pollo con mole, así como rebanadas de pastel adornadas con la figura de *la Señora de la Finitud* para todo aquel que se aproxime. Junto al altar se encuentran también mariachis cantándole a la santa. Una extensa hilera de fieles espera su turno para tocar el cristal que protege el altar de la santita o llevarle directamente una manzana, flores o cualquier otro regalo.

Otorgar regalos a la santa es uno de los elementos que hace peculiar al culto, pues, como se ve en la descripción anterior, se le pueden brindar de todo tipo: desde un simple dulce y vestidos, hasta mariguana y alcohol, entre muchas cosas más. Cuando alguno de los fieles obsequia a su imagen, el acto de regalar adquiere una significación profunda. Se entiende que es una ofrenda o regalo en agradecimiento a los favores hechos por *la Niña Blanca*. Una costumbre entre la gente consiste en dar algo a los santos para tenerlos contentos. Otros regalan como manda o sacrificio para que *la Niña Blanca* los ayude en algún problema. Sin embargo, los obsequios también permiten establecer un lazo social entre todos aquellos que asisten a orarle a *la Señora de la Guadaña*.

Marcel Mauss, en su ensayo sobre los dones y sobre la obligación de dar regalos, hace notar cómo en las sociedades ágrafas –también llamadas arcaicas– las formas de intercambio se presentan más como forma de donaciones recíprocas que como transacciones simples. El intercambio de una pulsera por un collar no es una simple permuta, sino que el don es un hecho social total. El intercambio, entonces, adquiere una significación social, religiosa, mágica, económica, utilitaria, sentimental, jurídica y moral; es decir, pasa por todos los ámbitos sociales.

El sistema de prestaciones totales es complejo y encierra consigo varios procesos, al intercambiar no sólo cosas materiales, sino también relaciones y vínculos sociales, los cuales generan la dinámica propia de lo social. En el mismo sistema de prestaciones totales se encuentra presente el don, definido por Mauss como un sistema de intercambios mediante el cual

[...] los diversos grupos humanos eliminan sus rencillas a través de una reciprocidad manifiesta. La instauración de esta forma de don-contra don tiene como finalidad establecer el orden y la cohesión entre los dos diversos grupos, fomentar la armonía, mantener la estabilidad. Se trataría, por tanto, de una composición jurídica que sustituiría la venganza de todo tipo de rivalidad por medio de una simetría pacífica de derechos y deberes. Su función no es otra que la de mantener el orden y producir abundancia y riqueza (Mauss, 1991: 153).

En otras palabras, el don parte del vínculo social, lo regenera y lo mantiene en constante dinámica, porque dar implica en un futuro recibir –es decir, obliga–. El intercambio consiste en un sistema de pactos honoríficos, y esto es posible porque las cosas intercambiadas no son inertes, ya que están revestidas de significados que el propio grupo les otorga. Por lo tanto, el objeto de intercambio siempre guardará en el trasfondo cargas sucesivas de significado que se van permutando de acuerdo con su circulación en los grupos sociales donde se transfiera. Mauss encuentra que en el don radican tres

obligaciones básicas: la de dar, la de recibir y la de devolver. La obligación de dar se presenta cuando se quiere demostrar lo que se posee haciendo gastos; también se presenta cuando se pretende hacer algo por los demás; cuando se obtiene algo y se invita a los amigos a participar de ello.

Así, la obligación de dar cobra mucho sentido cuando se ofrece a otros que no sean de la familia o del grupo más cercano, pues “hay que convidar a quien puede, quiere y vendrá y asistirá a la fiesta” (*idem*). Si uno olvida dar, esto tendrá sus consecuencias en cuanto a la relación establecida con los otros. En la obligación de recibir no se puede rechazar un don, pues “actuar de ese modo pone de manifiesto que se tiene miedo de tener que devolver y quedar rebajado hasta que se haya devuelto. En realidad, es quedar ya rebajado, es perder el peso de su nombre, es declararse vencido de antemano” (*idem*). Cuando se acepta un don, de inmediato se queda obligado a recibirlo con la certeza de regresarlo y demostrar que no se comparte de manera desigual.

Así, la obligación de devolver permite cerrar y abrir el vínculo social: cuando se regresa un don, por lo general siempre se hace en equivalencia a lo recibido. Se devuelve el gesto adquirido que intrínsecamente se recibió al aceptar cualquier don: “La obligación de devolver dignamente es imperativa. Se pierde la cara si no se devuelven o se destruyen los valores equivalentes” (*idem*). Lo que se regresa posee un valor que no es precisamente material, sino que, como bien lo menciona el sociólogo francés, las cosas que son objeto de cambio poseen una virtud que obliga a los dones a circular, a ser dados y a ser devueltos. Se trata de una virtud que pertenece al orden simbólico-imaginario. El don “no es una cosa, sino una relación social. Constituye incluso la relación social por excelencia, relación tanto más temible porque es deseable” (Godbout, 1997: 16), viviendo en muchos momentos de nuestra vida con el don.

En un culto como el de la Santa Muerte se puede decir que todos aquellos regalos que se dan no son simples objetos. Por ejemplo, una paleta que se le da a *la Niña Blanca* por el hecho de que se le vea como una niña es también la forma de agradecerle –y regresarle– el “paro” hecho por ella. Asimismo, al compartirla mariguana quizá conlleve la espera de recibir algo de su *Flaquita*. A nivel grupal podemos decir que el intercambio de objetos durante el culto fortalece en un momento y espacio de devoción los vínculos identitarios de los propios devotos. Cuando se da un don se transmiten historias y vivencias similares –la libertad de algún conocido que estuvo preso, la búsqueda de trabajo, la salud, etcétera–; es decir, se transmiten historias de vida similares, historias individuales que muchas veces se enfrentan ante la misma vulnerabilidad social, donde el numen de la Santa Muerte se vuelve su esperanza, su salida y al mismo tiempo su núcleo de identidad.

Hacerse al culto

Una de las peculiares formas del culto a la Santa Muerte es que no cuenta con formas establecidas, sino actos que se van generalizando. Cuando hablo de las formas establecidas me refiero a que la forma en que se lleva a cabo el culto o la adoración al esqueleto femenino varía según el creyente, el lugar, el contexto y la historia, conforme se lleve o haya aprendido el culto. Así, por ejemplo, cualquiera puede ir al mercado y comprar una figura de la muerte y ponerle un altar en casa, quizás con una sola veladora. También puede ocurrir que a una persona que se encuentra en un apuro le comentan sobre esta figura: la persona recurre a ella y, cuando ésta “le cumple”, le pone un altar afuera de su casa, que dejará de ser un altar personal para convertirse en uno público, lo cual implicará que reciba visitas. A partir de esto incluso se pueden establecer días para rezarle y festejar su aniversario o vender productos alusivos al culto. Habrá asimismo quienes hagan uso de este numen para trabajar en la hechicería y rendirle un culto más detallado.

Por otra parte se encuentran los actos que se extienden y que van aunados con lo anterior. Por ejemplo, una clara generalidad del culto es la forma de hacerse adepto a él. En sus inicios —y todavía hoy— mucha gente que no lo conocía salvo por lo que veía en la televisión pensaba que sólo delincuentes, narcotraficantes, prostitutas o presos se acercaban al mismo. Sin embargo, cuando se profundiza más en el tema se descubre que en la actualidad no sólo los actores mencionados sienten necesidad de acercarse a este culto, sino también comerciantes, enfermeras, doctores, estudiantes y niños, entre muchas otras personas. En fin: cualquiera puede hoy ser un creyente de la Santa Muerte, desde el momento en que éste se hizo un culto abierto y público, con lo que se comenzó a extender en forma algebraica y geográfica.

Si bien cualquiera puede tener acceso al culto hoy en día, ¿qué hace que una persona se haga adepta al mismo o que, por el contrario, no sienta la necesidad de recurrir a este numen llamado *Niña Blanca*? Ser o no adepto depende mucho de la socialización en grupo de las personas, pues si bien el culto tiene un auge importante en zonas consideradas marginales o de alto riesgo, esto no significa que todos los que vivan allí sean creyentes. También hay quienes no lo son o incluso reniegan o desconocen del culto, o quienes no viven en esas zonas y sí creen. Por lo tanto, ser creyente se relaciona con procesos de socialización —carrera social— donde las personas se hallan inmersas y en diversos contextos sociales, muchas veces en lugares de alta vulnerabilidad social. Para iniciarse en el culto existen al menos tres formas que planteo a continuación: por legado, por identificación y por coincidencia.

Iniciarse en el culto por legado

Muchos de los devotos de la Santa Muerte afirman que tienen al menos 20 años de conocer y rendirle el culto a *la Flaquita*, pues en su casa la abuela, los padres o algún otro familiar ya lo hacía, y por lo tanto ellos lo aprendieron.

Es el caso de doña Enriqueta Romero, líder del Santuario Nacional de Tepito, quien comenta que una de sus tías tenía un pequeño altar a la santa y a ella le parecía muy bonita. Desde entonces le cobró cierto cariño y respeto. Ella dice que la vio desde que era adolescente, hasta que uno de sus hijos le trajo su santita, que es la que ahora visitan miles de fieles cada primero de mes.

Por su parte, el señor Rodrigo es un comerciante y curandero, quien en una entrevista durante las visitas del día primero comenta que en su familia siempre ha estado la tradición de rendirle culto a la Santa Muerte, desde sus abuelos, sus padres y ahora ellos. Para su familia, la santa se relaciona con el mundo prehispánico. Ante esto podemos señalar que cuando una persona se inicia en el culto por legado es porque en su familia ya se llevaba el culto con anterioridad, transmitido de generación en generación. Esto se da principalmente en el ámbito familiar, de forma tal que al crecer no les ha sido ajeno y, por el contrario, es una práctica religiosa común de su grupo primario.

Así se observan testimonios como el de Sergio, quien asegura que desde joven ya la conocía por sus padres y sus abuelos:

Entrevistador: ¿Sus papás le heredaron el culto?

Sergio: Sí, mi jefa fue la que me empezó a decir. En sus antepasados una tía abuela que tuvo ella le rendía culto a la Santa Muerte, pero los demás familiares no lo veían con buena cara y a mí me gustó. Yo desde chavo tuve culto a ella. Siempre le pongo lo que es su copita de vino, su cigarrito, su manzana.

Iniciarse en el culto por identificación

Otros comentan que no sabían de la existencia de la Santa Muerte hasta que comenzó a hacerse una práctica masiva o porque algunos de sus familiares estuvieron en la cárcel. Entonces vieron que ella hacía “paros” y solucionaba cosas que otros santos no podían. Muchos de ellos dicen que comenzaron a creer en ella porque es mala, y si ellos son malos, entonces podrían confiar en ella. Es el caso de Óscar, un travesti dedicado a la prostitución, quien empezó a creer en ella porque sus hermanos, que se

encuentran presos, le dijeron que lo ayudaría en su trabajo. Él comprobó su efectividad cuando la Santa Muerte le permitía robarles a sus clientes cuando se prostituía. Está también el caso de Jesús, un comerciante que comenzó a creer en la Santa Muerte porque escuchó que ella era mala y tenía que ver con las personas que echaban “desmadre”. De este modo se acercó al culto, como se observa en su testimonio:

Entrevistador: ¿Hace cuánto tiempo empezaste a creer en la Santa Muerte?

Jesús: Hace seis años.

Entrevistador: ¿Cómo empezaste a creer?

Jesús: Yo estaba más chico antes, pues andaba en las fiestas, en el desmadre, pero pues no podría protegerme con Dios y no encontraba con quién. Muchos decían: “No, es que es mala”. Yo dije: “¡Ah, pues yo soy malo! Entonces yo creo en ella”. Y a raíz de eso fue como yo comencé.

Entrevistador: ¿Sentiste una identificación con ella?

Jesús: Ajá, porque yo creía en otros santos, y pues no podía pedirles cosas malas. ¿Cómo les iba a pedir protección para hacer cosas malas? Y escuché que todos los que son malos creen en ella, y pues yo estaba más chico y decía: “Pues yo voy a creer en ella”. Ya después empecé a conocer más sobre ella y vi que no es cierto, que no nada más es eso.

En esta forma de comenzar a creer vemos que son por lo regular personas con poco tiempo en el culto, alrededor de un año, en su mayoría jóvenes que no sólo se identifican con lo que representa la imagen –omnipotencia, salvación, transgresión, etcétera–, sino porque se identifican con los fieles que asisten, como un grupo de personas que han vivido y viven situaciones similares.

Iniciarse en el culto por coincidencia

También es común que muchas personas digan que nunca habían oído del culto ni de la existencia y eficacia de la devoción a la Santa Muerte, hasta que un hecho o suceso, por lo regular de riesgo, los llevó a conocerla y por lo tanto a creer. Esta forma de acercarse a la devoción a la Santísima Muerte suele ser por consejo de alguien, cercano o extraño, o porque en algún lugar vieron la imagen y su situación los llevó a preguntarse por la misma y su culto.

Es el caso de doña Patricia Méndez, quien se dedica a los trabajos de brujería y le rinde un culto especial a la Santa Muerte, cuyo inicio fue por coincidencia, al tra-

bajar como custodia en un reclusorio. En efecto, durante un operativo de “esculque” vio un pequeño altar y le despertó curiosidad. Ella misma lo comenta:

Entrevistador: ¿Dónde conoció a la Santa Muerte?

Patricia: ¿Yo dónde la conocí? En la cárcel. Ahí la conocí yo.

Entrevistador: ¿Usted cómo empezó a creer en ella?

Patricia: En la cárcel. Yo entré a hacer un operativo de esculque, en la noche, para ver que encontrábamos. A mí me llamó la atención que un recluso tenía una repisita y tenía una *Flaquita* con su veladora y un vaso con agua, una flor ya medio cacheteada. Yo volteé y pensé que era un santo equis, cuando empezamos a esculcar todo y me tocó revisar ahí. Me dijo:

Recluso: No, no, por favor, yo le quito las cosas (*no permitió que yo la tocara*).

Patricia: ¿Por qué: qué hay aquí o qué?

Recluso: No hay nada, pero... yo lo quito. No lo puede tocar usted (*fue cuando me percaté de que era una Flaquita*.)

Patricia: ¿Y este santo quién es?

Recluso: Es la “madrina”. Es mi madrina

Patricia: Ah, ¿es tu madrina? ¿Y quién es?

Recluso: Es la Santa Muerte, la Santísima Muerte.

Patricia: ¿Ustedes adoran a la muerte?

Recluso: Sí.

Patricia: ¿Y cómo, si los tiene aquí metidos?

Recluso: No... lo que pasa es que nos confiamos, y el que busca, encuentra.

Otro caso similar es el de María, una enfermera que conoció a la santa por la recomendación azarosa de un desconocido. Ella comentó lo siguiente:

María: Mi hija se fue de mi casa. Se separó de su esposo. Yo no sabía nada de ella, nada, ni del niño. Yo soy enfermera. Un día yo estaba en la Liconsa y un señor me dijo: “¿Por qué llora?” “Pues es que no sé nada ni de mi hija ni de mi nieto” [Comienza a llorar en la entrevista.] Me dice: “No te preocupes”. Me regaló una imagen de la santa. Me dice: “Pídele mucho”. Tomé el camión, me fui a Consulado, me fui caminando y de repente me bajé ahí, en donde tenía que bajarme. Yo no sabía. La encuentro [a la Santa Muerte] y al segundo día me hablan para ver dónde estaba mi hija, y desde entonces mi hija agarró por tener a su santa. Me ha protegido de muchas cosas. Gracias a Dios tiene un buen trabajo, su esposo y sus hijos.

Pregunta: Entonces, ¿antes de que le pasara eso usted ya no creía en su santa?

María: No, porque no la conocía y fue hasta ese momento cuando la conocí y empecé a creer en ella.

Estas tres formas de iniciarse en el culto no son las únicas ni funcionan siempre igual. Sin embargo, se observa que encierran generalidades en la forma de interactuar y que al menos difieren en los contextos en que se desarrollan. En las tres formas de iniciarse en el culto hay una transferencia del sentido por parte del transmisor del culto al receptor del mismo. Esa transferencia se encuentra más allá del deseo de inculcar una creencia en algo; en todo caso se localiza en el nivel de los dones, los cuales van generando vínculos y redes sociales.

El culto posee otras manifestaciones del don. En conclusión, dentro del culto hay prácticas tan diversas cómo diversos son los fieles y los procesos sociales que generan en cuanto a su religiosidad. Está misma diversidad le da una forma homogénea a la devoción a la Santa Muerte, que es un claro ejemplo de la religiosidad individual. Cuando hablo del culto a la llamada *Niña Blanca* como una nueva forma de religiosidad se debe a que en él se aprecia una religiosidad individual muy exaltada, pues en las efigies de la santa los fieles identifican su propia vida, sus propios gustos, su propio riesgo: son ellos mismos representados en sus imágenes de la Santísima Muerte. Tanto los fieles como sus imágenes constituyen una historia llena de simbolismos; son también la búsqueda de la tranquilidad, de una esperanza en la vida religiosa, manifiesta un juego de los que son y no devotos, quienes en sus efigies reflejan el cumplimiento de sus deseos y aquellos que aún son sus anhelos.

Bibliografía

GODBOUT, Jacques T., *El espíritu del don*, México, Siglo XXI, 1997.

MAUSS, Marcel, *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos (Ciencias Sociales, Sociología), 1991.

PERDIGÓN CASTAÑEDA, J. Katia, *La Santa Muerte, protectora de los hombres*, México, INAH, 2008.